

## DE LO QUE QUISO HACER EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA CON EL SEÑOR DE LA HISTORIA O LOS PORMENORES DE UN DELIRIO

**Carlos Brito**

Universidad Católica Andrés Bello

cbritor@cantv.net

### [ RESUMEN ]

Una cosa es la historia que se queda en los registros y otra muy distinta es la que se atraviesa vitalmente. Miguel de Cervantes fue un fiel testigo de su tiempo y ese tiempo encarnado se convirtió en la cantera de donde se edificó su monumental obra *Don Quijote de La Mancha*. Tal fue el asombro de la debacle del destino ibérico del siglo XVII que sólo desde el desquiciamiento de un lector empedernido Cervantes nos pudo dejar su mirada testimonial de la España de su época. En este ensayo, he procurado dar cuenta del entrecruzamiento entre el relato en vida de Cervantes y las aventuras de su personaje imaginario.

[ PALABRAS CLAVE ] Historia, relato oficial vs. historia imaginada, locura

### [ ABSTRACT ]

One thing is history as it is recorded and quite another that history what occurs in actuality. Miguel de Cervantes was a faithful witness of his time, and that time turned out to be the quarry from which Cervantes withdrew materials to give shape to his monumental *Don Quixote*. That much was his astonishment in front of the crumbling of the Iberian fate in the 17<sup>th</sup> century that only through the insanity of a heavy reader, Cervantes could legate us his testimonial vision of the Spain of his epoch. In this essay, I intend to account for the intertwining of relates in Cervantes' actual life-span and the adventures of his imaginary character.

[ KEYWORDS ] History, official records of historical facts vs. imagined history, insanity

Si entendemos que el legado literario de una obra, en tanto experiencia cultural, lo conforma la obra misma más todo aquello que ella en el tiempo ha propiciado, no me queda más que entender que lo que aquí escribo también viene marcado por cierto aire quijotesco. Lo digo porque insistir en el *Don Quijote* de Miguel de Cervantes, después de cuatrocientos años de acercamientos e interpretaciones en los que ya parece haberse dicho todo lo que se podría decir, se convierte sin duda en otra tarea de alucinado. No pretendo –y lo digo desde ahora– advertir una nueva lectura –sería demasiado pretencioso de mi parte–, sino más bien compartir la aproximación de un simple lector que se ha dejado acompañar por las peripecias y enseñanzas de este trastocado manchego. Dicho de la manera más franca: lo que quiero es dejar saber lo que hoy hace que el *Quijote* me siga diciendo en provecho para la vida, ya que según entiendo ese es el más elevado y quizá único propósito de quien ha decidido como escritor dejar su sensibilidad traducida en creación como lo hizo Cervantes.

Siempre me he preguntado cuáles son esas cuerdas del alma que este libro ha pulsado para que se haya inscrito tan hondamente en el imaginario humano; de dónde mana esa fuerza atractiva que nos imanta sin remedio, esa particularidad tan inquietantemente clara como para que podamos extenderlo hasta el reconocimiento en la vida y en el lenguaje cotidiano. De dónde nace su trascendencia, de qué están hechas y qué ocultan esas páginas que cada vez que las abrimos hallamos culturalmente lo que hemos sido y, más vital aún, lo que seguimos siendo. Me hago estas preguntas porque, lejos de ser original, son las mismas preguntas que se han hecho los lectores desde que apareció esta maravilla por vez primera, por allá en los umbrales del siglo XVII, y son también las que nos siguen inquietando. Sé que infinidades de personas, unas eruditas, otras menos, han buscado satisfacer estos enigmas y siempre han acabado confesándonos esa cualidad del libro que más les conmueve, sabiendo lo mucho que se les va quedando afuera en su lectura, y justamente ahora es lo que yo igualmente pretendo, es decir, compartir una lectura consciente de lo mucho que se me quedará en los costados.

Lo primero que me asalta es la forma tan honestamente profunda como Miguel de Cervantes vivió y, sobre todo, padeció su tiempo. La historia de España que cabalga entre las postrimerías de mil quinientos y los umbrales de mil seiscientos, momentos neurálgicos para ese pueblo y su cultura, atraviesa el alma de este escritor. En aquel entonces se fraguaba una España y Cervantes fue un doliente testigo de aquella fragua. La vida de Cervantes es el vivo y palpitante testimonio de una España que va del fulgor al fracaso, de la ilusión imperial al enfrentamiento desilusionante de un deterioro, de lo que pudo haber sido en la trama de los sueños contrarreformistas y de lo que terminó siendo después de los golpes inclementes que tuvo que darse con la dura realidad que la historia le imponía. Era aquella una España que de tanto cerrarse sobre sí misma se fue haciendo un laberinto de rigores con su Teseo y su Minotauro adentro, una empresa de signos heroicos por dar con su rostro frente a la bestia de terrible cornamenta que le acechaba a cada paso por donde pretendía hallar un destino que fuese espejo de la grandeza. Basta revisar la misma vida de Cervantes para corroborar su andar por ese camino retorcido en procura de salida. Aunque escasean los datos de su peregrinar, mucho es lo que se puede extraer de los documentos en sus pasos por los servicios de la Corona, de sus prólogos y dedicatorias, además de algunas referencias de sus contemporáneos. Su estadia en el estudio de Madrid, donde recibe la formación y los elogios del erasmista Juan López de Hoyos; su deambular adolescente junto a su familia; su desempeño en Italia a las órdenes del cardenal Acquaviva después de un destierro del que desconocemos sus razones; su gloriosa participación militar en la batalla de Lepanto, donde como sabemos queda inútil de su mano izquierda; su captura y presidio por cinco años en Argel y sus insistentes y frustrados planes de fuga –experiencias que según Juan Goytisolo marcan definitivamente el eje crucial de su vida–; su regreso a España después de diez años de ausencia cuando, a falta de mejor destino, consigue ocuparse como cargos de procurador de la Armada y más tarde como recaudador de impuestos en el Reino de Granada, que le permitirá conocer palmo a palmo los bajos mundos de Andalucía incluidos dos nuevos presidios; su prolongada espera infructuosa por un cargo, primero en las Indias y luego en Nápoles; su empeño por ser poeta y su tardío reconocimiento en las letras. Todos estos eventos conforman un itinerario existencial que le permitió a Cervantes reconocer en la sencillez de su alma que la buena voluntad, el leal propósito y la apuesta a los

más humanos valores no siempre consiguen el fruto de la valía en un mundo minado de oscuros y ruines intereses. Y es que Miguel de Cervantes fue un péndulo que, sujeto a su tiempo histórico, se movió de la esperanza a la desilusión. Es a ese hombre, hundido como estuvo en sus circunstancias, y no otro el que se le ocurrió, después de muchos y variados tanteos expresivos, levantar ese monumento literario hecho de pura fibra humana.

Como pocos libros de los grandes que conforman el legado de la gran literatura de todos los tiempos, este tan entrañable concernido con los pormenores de la vida de su autor. No hay *Quijote* sin Cervantes, qué duda cabe. Pero esta simple constatación va más allá de la mínima lógica que la sostiene. Y es que si alguien en la vida transitó enfrentándose a los más representativos entreveros históricos de esa época que va desde Carlos I a Felipe III, pasando por Felipe II, fue Miguel de Cervantes. Si hubiésemos podido contar con mayor abundancia de íntimos detalles, una posible y rigurosa biografía de Cervantes con certeza estuviera a la par del vuelo imaginario que adquiere cuerpo en el caballero de la triste figura. Porque, además, lo otro también es otra traslúcida certidumbre: no hay Cervantes sin don Quijote; no hay Cervantes sin *Quijote*. Hombre y creación, fuente e imagen: presencias consecuentes de idéntico fuego vital. Y así, por carecer de una estrategia de mayor justicia, no me queda más remedio que transitar el sendero inverso, buscar en las aventuras alucinantes del caballero creado en letras al histórico caballero sensible que fue su artífice, y entre ambos una manera de entender el tiempo que les tocó vivir.

En este sentido, el *Quijote*, entre las múltiples lecciones que nos regala, nos da una particularmente deslumbrante, y esta lección a la que me refiero está relacionada con la representación del mundo que logra recoger a través de las aventuras del caballero y Sancho, su juez y su sombra. Cuando buscamos los lazos posibles entre la creación y la eventualidad de la historia, podemos correr el riesgo de ir a la primera buscando correspondencias puntuales en la segunda. Por esta vía, como hemos evidenciado muchas veces, terminamos calificando a una expresión con sustento histórico sólo si las evidencias de episodios comprobables aparecen groseramente manifiestos en ella. Sin duda que Cervantes comprendió estos vínculos de otra suerte. La realidad de su tiempo, aquella que saboreó tan de cerca, cruza la novela no a la manera de un escrutinio de situaciones precisas, sino gracias a los complejos juegos de la imaginación y en consonancia, además, con el gran poeta que fue.

Ya la hayamos leído, ya nos la hayan referido, ya sepamos de ella por lo habitual que se han convertido sus referencias culturales en el lento y ancho curso de la historia, de lo que va esta novela lo sabemos. Cierta día a un menesteroso hidalgo de un rincón de La Mancha, que ni siquiera merece ser recordado su nombre, se le secaron los sesos por tomarse en serio lo que referían los innumerables libros de caballería que había leído. Y así concibió el enfermizo empeño de querer ser como ellos habían sido perfilados por febriles imagineros. Tal fue que puso su voluntad en cumplir sin demora tamaño despropósito: se bautizó con nuevo nombre ajustado al caso; en cumplimiento de los rigores de la orden que aspiraba, buscó que lo ordenaran para poder acometer sus hazañas como Dios manda; se hizo de fiel dueña y amada; resucitó del trastero del olvido desvencijadas armaduras para darse cabal vestimenta, procuró escudero y se lanzó a campo traviesa al alba cabalgando un depauperado rocín con el firme afán de hallar circunstancias acordes para enaltecer

los sagrados valores de la caballería que tanto admiraba y que tan lejos estaba ya de sus días. Que casi nada le salió al Quijote como deseaba, que muy poco le aconteció realmente a la semejanza de sus queridos libros, que todos fueron eventos caricaturales y que propiciaban la burla, también lo sabemos. Y sin embargo, si todo esto lo soportaba con una abismal paciencia e insistía, en sus empresas, era sencillamente porque estaba sujeto a una fuerza de otro orden.

Resulta entonces que tenemos entre manos una novela cuyo centro argumental lo habita un loco; un desquiciado que abandona todo cuanto contaba, incluso su preciada biblioteca, que era de las pertenencias más queridas, y va a la deriva en busca de un sueño por vivir; alguien que, fuera de lo que se consideraba el sano juicio, se la juega en la consagración de lo que considera una más elevada forma de vida, a la manera de Amadis, Lancelotes y Cifares. Vale insistir en que el origen de tal insensatez le viene a don Quijote del exceso de lecturas o, de lo que resulta más severo, de forzar que se cumplieran en él, en su tiempo y en su tierra, lo que les había acontecido remotamente a criaturas idealizadas por la tradición fantástica. Eso que se cumpliera su alucinado anhelo en sus días y en sus predios ya nos convierte al *Quijote* en un testimonio imaginario que se siembra en la historia, que la penetra y le da asentamiento. Porque —hay que decirlo— la realidad histórica en su sentido orgánico y vivo va mucho más allá de los linderos en los que se nos han pretendido enmarcar dócilmente los sucesos, esos hitos puntuales puestos en la balanza de las causas y los efectos. Muy distinto de eso, la temporalidad humana vibra de otra suerte, y sobre todo porque ella también está tramada con el fino tejido de cuanto hemos imaginado, de aquello que hemos cobijado en la intimidad desosegada con sus esperanzas y caídas, de todo lo que nos ha permitido y seguirá permitiendo tomarle el pulso al talante de una época. Así pues, desde esta orilla amplia y difícil del tránsito humano, este delirio de Miguel de Cervantes hecho carne y sangre aventurera en su caballero es con propiedad asunto de historia, tan con el mismo derecho legítimo de entrar en el cómputo de los tiempos que tiene el triunfo de Lepanto y el fracaso de Armada Invencible, ya que ese delirio, no a pesar sino gracias a lo que tiene de creación poética, se nos aparece en primer orden como fiel mural de la dolorida España que escritor y criatura imaginada vieron perder vuelo y luego como el drama humano, todo en definitiva más allá de los campanarios de entonces y de los relojes ordinarios de la actualidad.

En este su empeño Cervantes tuvo una enorme puntería al elegir a un enajenado mental por tantas lecturas como personaje fundamental de su trama, ya que podría haber sido un delirante por otras razones. Ciertamente que los libros leídos por el Quijote le daban una idea imaginaria y plena de fantasías de lo que había sido una época que él tomaba por absolutamente cierta. Su dislate radica justamente en eso: darle categoría de realidad a lo que era fruto de la imaginación, pero no olvidemos que ese mismo desatino también es una forma de dar cuenta de la misma realidad. La figura del disociado le permitía a Cervantes no sólo moverse argumentalmente más a sus anchas, sino además podría poner en su boca con mayor libertad aquello que le pareciera más ajustado salvándose de posibles censuras.

Pero procuremos advertir desde más cerca las particularidades de esta locura. El desquiciamiento del Quijote dentro del amplio y complicado marco referencial del

medievo al que está sujeto se acoge más al patrón cultural del caballero que al héroe propiamente épico de las gestas iniciales. Esta decisión se deba tal vez a que las gestas conservaban trazas más fieles a la realidad histórica, mientras que aquellas que devienen de las tradiciones nórdicas y anglosajonas eran mucho más proclives a los despliegues de la imaginación. De esta manera, nuestro personaje, independientemente de las intenciones confesas de su autor con las novelas de caballería, responde a las claves de mundos exóticos, grandes hazañas y recursos mágicos tal como se dieron en el universo imaginario cortés, tan distintas de aquellas austeras del universo feudal. Sin embargo, el contexto de la época que refleja la novela es otro, bien diferente de las dos tradiciones citadas, se mueven en las particularidades históricas de la España en la que transcurrió vitalmente las preocupaciones de Cervantes. Hay aquí entonces una dislocación, una mudanza, una recontextualización del personaje de acuerdo a la situación esperada como natural. Si este sinsentido sorprendió a los lectores del siglo XVII y también nos sigue sorprendiendo hoy, es porque forma parte de la sustancialidad expresiva de la novela. Esta cualidad muy acorde con las celebraciones paradójales del barroco no sólo se nos presenta como uno de los recursos más sutiles de la hilaridad que nos despierta esta obra tan llena de situaciones incongruentes, sino además nos permite advertir sugerida la mirada crítica, irónica, cuando no sarcástica, del propio Cervantes hacia su momento. El Quijote, expuesto permanentemente a este juego por su creador, siempre estará fuera de lugar y de tiempo, ya que las premisas con las que se le antoja querer mirar el mundo no encajan en el duro e inmodificable tramado de su realidad. He allí la razón abismal de su delirio: sobrellevar soñando lo irremediable que las exigencias del tiempo histórico imponen. Y cuando se dice soñar en el sentido quijotesco, se dice acción; no estamos delante de una ensoñación de carácter contemplativo, estamos más bien enfrentados a un hombre cuyo sueño tiene que ver con la modificación de la realidad, y esto sólo se logra actuando pese a los palazos y revolcones de la historia.

En una de las conversaciones de don Quijote con Sansón Carrasco, este aristotélico bachiller le manifiesta que el historiador cuenta lo que ha sido, mientras que el poeta, lo que podría haber sido. Al escucharlo el loco, el soñador activo, el ser que los rasgos precarios de la realidad le cansan, le precisa que «las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia». Y es que este alucinado creía, y con razón poética, que sólo vale la pena llevar a la expresión aquello que intenta transmutar las verdades de la historia. Por eso vivió su delirio en tanto pudo creer que lo que le salía al camino no era lo que era, sino lo que se armaba en su volátil imaginación, lo que respondía a su íntima lógica dislocada, a su febril suerte de su soñar transformante. No estaba entonces su impulso en las confirmaciones de la realidad, sino en la imagen que la trascendía. ¿Acaso no fue la Dulcinea, aquella maravillosa ausencia, la que lo guió en cada una de las alocadas refriegas con la realidad? Cuando esto dejó de ser así, cuando entró en tierras de Cataluña y se vio asaltado por una realidad inquebrantable que no pudo mudar, su ánimo se le vino abajo y su sentido poético comenzó a mellarse.

A mí se me antoja creer que el Quijote no muere porque la postrimería de sus días alcance la conciencia, sino porque ve perder irremediablemente en la distancia la posibilidad de darle alcance al que fue siempre su delirio: ese deseo de vivir desde la imaginación la

alternativa de cambiar la realidad del mundo. Por eso, al llegar a las páginas finales, cuando la gracia que nos despertara capítulo a capítulo se nos vuelve rictus de despedida, uno quiere creer, al igual como quisiéramos creer que él creería, que el hidalgo menesteroso que partió de La Mancha estuvo más verdaderamente en sus cabales cuando todos lo tomaban por el estrafalario amante de sus andanzas y aventuras en una época en la que ya estaban sembradas las claves de una vida en la que esas apuestas serían cada vez más escasas.